

La ARQUEOLOGIA de ALCONETAR

por CARLOS CALLEJO SERRANO



El 7 de Octubre del año del Señor 1906 se reunían en la estación de Río Tajo don Juan Sanguino Michel, conservador y más tarde director del incipiente Museo Arqueológico de Cáceres; don Vicente Paredes Guillén, arquitecto de Plasencia y eximio coleccionista de objetos arqueológicos y arqueólogo él mismo; don Juan Climaco Vegas, médico de Cañaverál, acompañado de sus convecinos don Juan Martínez Lorenzo y don Esteban García Fernández. Un arriscado grupo de humanistas, con el entusiasmo y los pocos medios propios de las épocas románticas, con la afición y el amor a la cultura que caracterizan a esas minorías que entonces y ¡ay! ahora arrostran los calificativos despectivos de las gentes vulgares y siguen impávidos su camino en busca de los restos de la Antigüedad que permiten reconstruir la historia y el patrimonio artístico del país donde nacieron.

Este grupo de aficionados a la arqueología, de los cuales únicamente los dos primeros han merecido ante la posteridad el concepto de profesionales, perdurando todavía su contribución a estos estudios, se habían reunido en tan inhóspito lugar para buscar cerca del viejo puente romano derruido que allí cruza dicho río, las huellas de TURMULUS, la mansión del Itinerario de Antonino en el siglo II de nuestra era y población de alguna importancia, según atestigua Ptolomeo. Quien quiera saborear las peripecias de este viaje (y de otro anterior que con el mismo motivo realizaron tres meses antes parecidos personajes) puede consultar la venerable *Revista de Extremadura* en el volumen 7.º de su colección.

No existía entonces el puente que hoy franquea el Tajo, sirviendo a la carretera de Cáceres a Salamanca, y quien quería salvar el no pequeño obstáculo del río, tenía que desafiar su procelosa corriente tomando sitio en las barcas que iban desde su orilla izquierda, junto a la confluencia con el Almonte, hasta la derecha, en el teso o cerro de la Magdalena. Si este expediente no le gustaba, tenía que dar un largo rodeo y olvidar el vértigo caminando por las mal clavadas planchas férreas del inacabable puente sobre el ferrocarril, tan largo como esquelético.

De un lado a otro del río, los expedicionarios anduvieron recogien-

do indicios, tomando notas y dibujos de las lápidas y objetos romanos hallados y a la hora de comer, refrigerar su estómago saciando su sed con un agua sosa que encrespaba el de Sanguino Michel, que era el Jenofonte o cronista de la expedición. Esta terminó en la misma estación de río Tajo donde tomaron el tren ascendente los que regresaban hacia el Norte y descendente los que se encaminaban al Sur.

No hay nada nuevo bajo el sol. Al cabo de cincuenta y seis años y medio, en un día primaveral y grato, tras el duro invierno pasado, o sea, para ser más exactos, el 31 de Marzo del año del Señor de 1963, se reunían también en el mismo sitio otros tres arqueólogos provenientes del Norte, del Sur y del Centro de la provincia cacereña.

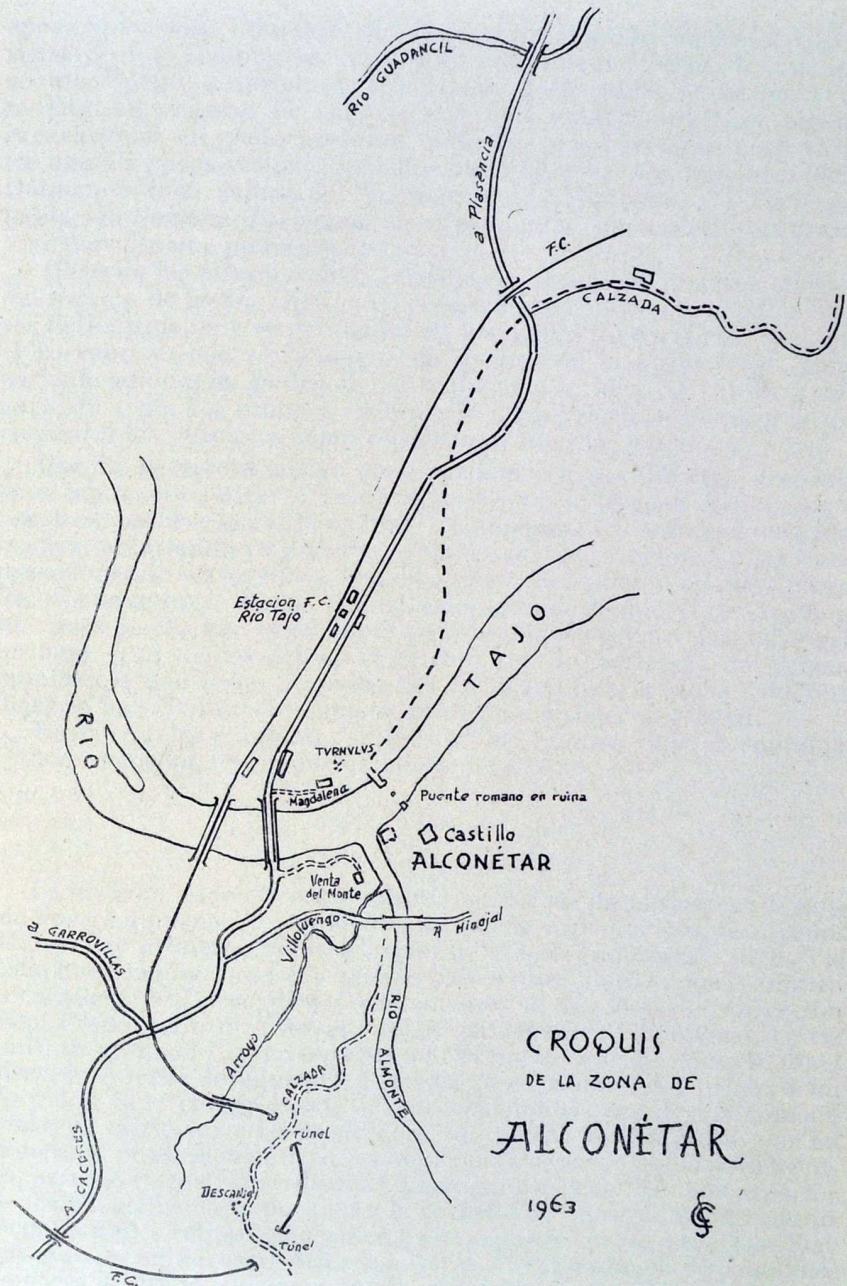
Las cosas han cambiado algo desde 1906. Todavía subsiste, majestuoso y bello en sus bellas ruinas y con pocos destrozos más, el fragmento del puente romano sobre el Tajo, que este año viene crecido de veras.

Pero ya no hay barcas ni barqueros, pues en un día cualquiera de los tiempos del general Primo de Rivera, se ha dado cima a un hermoso puente para servir a los viajeros que van por carretera de Sevilla a Asturias. También el largo y esquelético puente del ferrocarril ha dado plaza a otro mejor. Los expedicionarios no viajan ya en tren y a caballo como entonces si no a bordo de dos valientes «jabatillos», como se ha dado en llamar a los coches *Seat 600*, uno gris claro y el otro verde manzana, que acaban de entrar en conjunción, viniendo uno del Norte y otro del Sur.

En fin, las personas han cambiado, pero conservando una curiosa homología. En lugar del venerable Vicente Paredes Guillén, viene de Plasencia su heredero cultural y sobrino nieto carnal Antonio Sánchez Paredes, acompañado por un ayudante. Sustituyendo a los viajeros de Cañaveral han venido con él en el *jabatillo* del Norte un estudioso, campechano y andarín maestro de Portezuelo, Gregorio Gallego Cepeda. Y en el *jabatillo* del Sur, completa la expedición, escoltado por su pequeño primogénito, el actual conservador del Museo de Cáceres y firmante de estas líneas, pues, como Sanguino, de quien es heredero, actúa de cronista de la expedición.

II

Varias tareas llevábamos en programa en esta excursión los viajeros del Norte y del Sur. La región de Alconétar, como ya se sabe popularmente, se va a convertir, cuando esté construido el grandioso Salto de Alcántara en un inmenso lago en cuyo fondo desaparecerán para siempre las huellas, pocas o muchas de los diversos establecimientos etnológicos que han radicado en este sitio, desde la Prehistoria (dólmenes), época romana con la conocida mansión *Turmulus*,



época árabe con el nombre de Alconétar y periodo medieval bajo el signo de los Templarios. Será muy conveniente, antes de que este acontecimiento se produzca y haya que decir adiós a estas bellas comarcas, en visperas de embellecerse más todavía, practicar algunas excavaciones en grado póstumo, para que nos revelaran y aclararan los que los pocos vestigios hallados hasta la fecha nos han insinuado. Dólmenes de la dehesa del *Garrote*, lápidas y objetos de *Túrmulus*, población llamada *Turmogon* en otras fuentes, amén de restos árabes y medievales que pudieran hallarse.

Otras de las misiones de la jornada era reconocer lo que se pudiera del trazado de la *Via Lata*, cuyo recorrido se conoce en aquellos lugares perfectamente y viene incluso en los mapas topográficos. Hoy, que el Turismo suele a veces acudir en socorro de la Arqueología, como pariente adinerado, podría darse realidad a la idea de convertir una parte de dicha *Via romana* en muestra o *especimen* arqueológico que enseñar a los visitantes como recuerdo de nuestro pasado.

Por fin, la tercera misión que teníamos, por si el tiempo alcanzaba para tanto, era buscar y reconocer, el lote de lápidas romanas que nuestros predecesores, Sanguino y compañía, encontraron en estos lugares, publicando en distintas revistas sus descripciones y las interpretaciones de sus leyendas. Principalmente el firmante de estos párrafos, estaba ansioso de dar con la famosa lápida sepulcral de *Argantonio*, pues de ella han tomado pie algunos lingüistas para dar un origen lusitano, o al menos céltico al célebre rey de Tartessos del mismo nombre, el que reinó noventa años en la legendaria ciudad del Sur, dejando una civilización que asombraba a los viajeros griegos.

Hasta aquí los excelentes propósitos de nuestro viaje. A continuación veremos los resultados prácticos del mismo.

La mañana estaba fresca y soleada, y una vez practicada, en la misma boca del puente, la conjunción de ambas expediciones, resolvimos dedicar las primeras horas a explorar lo que pudiéramos de la *Via Lata*. Retrocedimos un tanto hasta el paso a nivel junto al que se bifurca la carretera de Garrovillas y remontamos la vía férrea en dirección Este. Franqueado el Viaducto sobre el barranco Villoluengo, la vía entra en un túnel y, precisamente por el monte que horada ese túnel discurre nuestra antiquísima Calzada. Recorrimos ésta, primero en dirección Sur, comprobando la poca fisonomía que de vía romana conserva ya. Se advierte ser sin duda un camino muy antiguo, que ha penetrado profundamente en las masas pizarrosas de aquel seco terreno, pero no queda rastro de *opus* de ninguna especie. Sin embargo, no es posible equivocarse porque, a la revuelta de un recodo aparecieron inconfundibles ruinas, seguramente de un «Descanso», de la *Via*. Son seis grandes cilindros de distintas alturas, cuya condición de columnas o pilares ilustra lo suficiente, con la compañía de varios fragmentos de piedras de granito labradas. El sitio es allí estratégico y seguramente

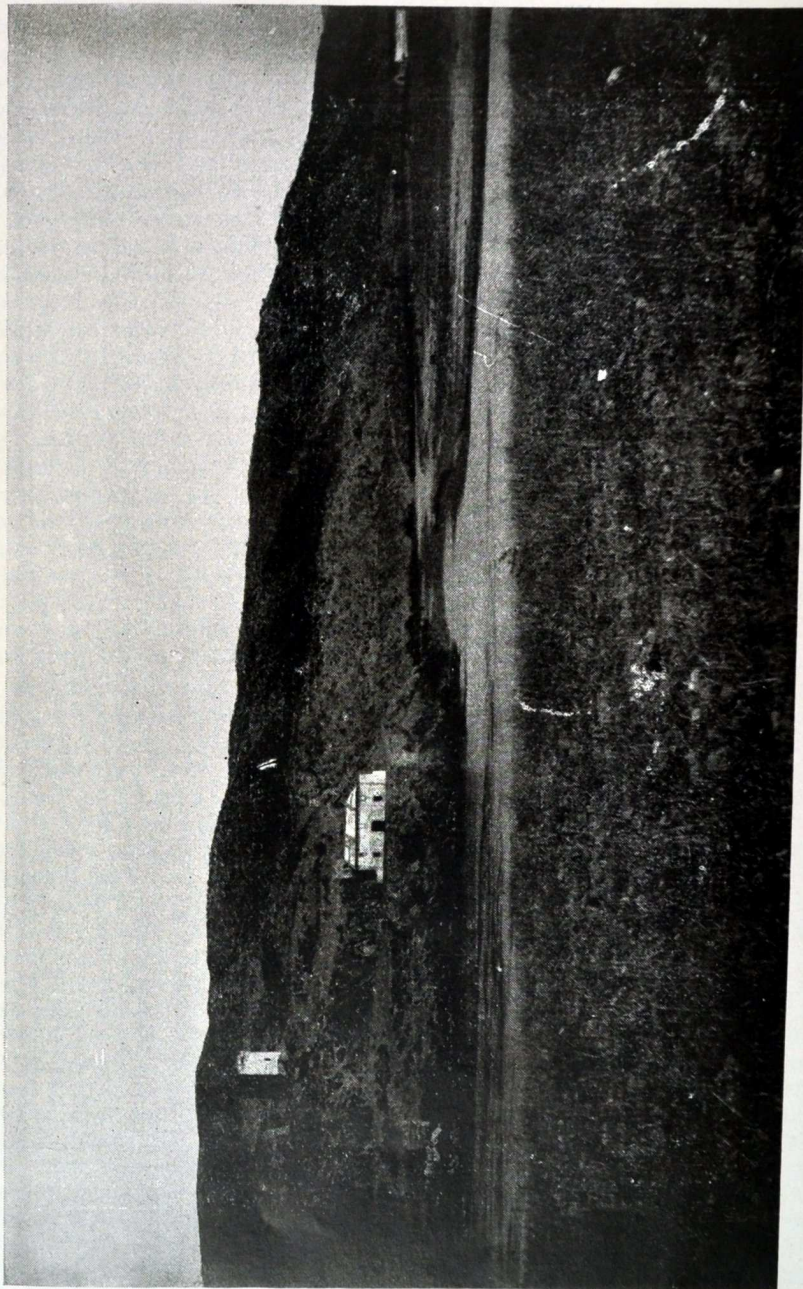
en la época tenía una amenidad de que ahora carece, por yermo y desértico. Un poco más al Norte, la calzada comenzaba el descenso al valle del Tajo y a Turmulus. Sánchez Paredes hizo notar su opinión, que convenció, de que en esta estancia o descanso de aquí arriba se desenganchaban los tiros que habían ayudado a subir la cuesta desde Turmulus y las mulas regresaban a ésta, para ayudar en la empinada subida a otro carruaje que lo necesitara en su viaje hacia Emérita Augusta. Me extraña que su tío Vicente, en su minuciosa descripción de la Via (1), no mencione este importante Descanso.

Sacamos unas fotos del lugar que por rara casualidad han salido mal en las dos máquinas que llevábamos, y volvimos a nuestras bases del paso a nivel, desde el cual, tomando otra vez la carretera hacia el Norte, llegamos al arranque del Puente. De aquí, junto a una columna, sale el antiguo camino que lleva a la desembocadura del río Almonte, al otro lado de la cual se alza el bonito castillo de Alconétar, llamado en las leyendas y cuentos literarios, del *Mantible*, pues este castillo pertenece al grupo de los que tienen conseja, fantasmas y ánimas en pena, lo mismo que el Alcázar de Cáceres, en cuyo emplazamiento está el edificio del Museo provincial, y por cuyas estancias y escaleras deambula el fantasma de la linda mora, que yo no he conseguido ver todavía. No me queda tiempo de hablar de las leyendas del Mantible, pues la literatura fabulística y la Arqueología casan mal. Aquélla es una bella mentira y nosotros vamos buscando la verdad, guapa o fea.

En este punto del Almonte se encuentra una de las mejores playas de la provincia para quienes gustan de la natación. Cerca de ella se halla aún un hito de masa cementicia de unos tres metros de altura por tres o cuatro de longitud. Probablemente era el núcleo de alguna construcción romana. ¿El arranque del famoso segundo puente? Hay quien lo cree así y yo me inclino a que no, pues éste debió de estar más arriba, en la desembocadura del arroyo Villoluengo, donde Vicente Paredes dice se conservan piedras del susodicho arranque o bien más arriba aún, cerca del puente que hace poco se construyó para la carretera de los Cuatro lugares.

La opinión de que el puente romano sobre el Almonte se encontraba junto al del Tajo, es posible que obedezca a la confusión que muchos autores han mantenido sobre la palabra *Alconétar* suponiendo que en árabe significaba «Los puentes». Esto no es así. «Los puentes», en la enrevesada lengua de Averroes, se dice *Alcanatre* y Alconétar es un diminutivo con el significado de puente pequeño, puentecillo. No deja de asombrar que los árabes llamaran a puente tan soberbio como el del Tajo en este sitio, puentecillo, pero la objeción puede resolverse. No sabemos del todo bien el grado de disminución de concepto que tenían entre los árabes de aquella época tales diminutivos. Yo creo que los dos grandes puentes sobre el Tajo fueron denominados al principio por los musulimes como era lógico *Al Qantara*, o sea el Puente. Más tarde, al hacerse estos apelativos nombres propios, tendieron a

(1) «Origen del nombre de Extremadura», pág. 86.



ALBUM EXTREMEÑO. — La zona de Alconétar en la época de Sanguino Michel (Foto Perate)

denominar al del Tajo aquí, *el Puente pequeño*, para distinguirlo del otro, de Alcántara, mucho más alto y grandioso, aunque ciertamente el de Turmulus, considerado aisladamente no es un puente pequeño. Estas particularidades toponimicas se dan con frecuencia. En el tiempo de nuestra Reconquista, de dos *Jaraiz*; se denominó Jaraicejo al menos extenso. Entre dos Jarandas, Jarandilla a la más pequeña o a la más moderna, que hoy no sólo es la mayor, sino la única.

Enfrente de nosotros teníamos el empinado cerro que corona el castillo de los Templarios y a la mitad de su altura muestra las ruinas de las despobladas Ventas de Alconétar. Decidimos que no había tiempo aquel día de franquear el Almonte y subir al castillo, tanto más cuanto que mis dos compañeros ya habían realizado en otro tiempo esta exploración en busca infructuosa de las lápidas romanas. Volvimos, pues, las espaldas y penetramos en el edificio de la antigua Venta del Monte o del Almonte, (que de los dos modos es llamado este río), hoy casa de labor, en cuyos alrededores hay gran cantidad de sillares romanos, abundando también éstos en su construcción y en la del corral contiguo. Sirviendo de umbral a la puerta de este último hay una media lápida romana con inscripción que yo ya vi en este sitio años atrás y que reseñaré más adelante. Tomadas notas y fotografías, nuestro reloj y nuestro estómago al unisono tocaron la hora del yantar, operación que hicimos en la cantina de la estación de río Tajo, con una instalación muy cómoda que nos permitió, de sobremesa, consultar libros y mapas y decretar el plan a seguir por la tarde.

Antonio Sánchez Paredes, requerido al parecer por un amigo salió fuera de nuestro refugio y no volvió. Gregorio Gallego y yo buscamos a nuestro compañero y como no pareciera, nos encaminamos carretera adelante en busca de otro tramo de la Via de la Plata, nombre que también se da a la calzada romana y que creo simple corrupción de *Via Lata*, forjada por gentes, de las que existen en todas las épocas, que oyen campanas y no saben a qué tocan. Actualmente este trozo empieza junto al puente del ferrocarril o paso superior que se ha construido hace poco sobre la carretera, que antes se salvaba más adelante mediante un paso a nivel. Desde la salida del puente de Turmulus hasta este sitio quedan escasos vestigios de la Calzada, por no decir ninguno, pero desde aquí en adelante el camino está patente y útil, remontando los cerros del Garrote y llegando a un ligero puerto en la dehesa de Los Novillos, pasada la cual tuerce bruscamente hacia el Norte ganando altura hasta volver a cruzar la carretera actual en su cruce con la que sirve a la estación de Cañaveral. Gallego y yo recorrimos obra de un par de kilómetros por la calzada, que aquí está mucho mejor conservada, advirtiéndose en muchos sitios la obra de cimentación. Sin embargo, tampoco vimos un sitio suficientemente espectacular como para servir de hito turístico. Para cualquier profano nos hallamos sencillamente sobre un buen camino vecinal, pero nada más. Hace falta cierta práctica en el estudio de lo romano para advertir la antigüedad del trazado de este camino y su pavimento. Tiré algunas fotos, una de las cuales reproduzco en este trabajo para que las generaciones venideras conozcan el estado de la *Via Lata* en 1963. (S)

Y a todo esto, el descendiente de Vicente Paredes sin comparecer. Cuando regresábamos con el temor que el mundo hubiera perdido en aquella fecha un arqueólogo excelente, nos lo encontramos justamente donde se perdiera: en la cantina de río Tajo. Nuestros reproches fueron prestamente ahogados por sus exclamaciones de triunfo. Había buscado y encontrado la mayoría de las antiguas lápidas descubiertas por Sanguino. ¡Incluso la de Argantonio! Desde entonces tengo cierto respeto al olfato arqueológico de Sánchez Paredes. Las lápidas estaban donde siempre estuvieron: en la llamada Venta de la Magdalena, a la derecha del Tajo y donde según todas las conjeturas estuvo la antigua *Turmulus*, a la salida del Puente. Allí cerca, a mayor abundamiento, en un vecino olivar se han hallado y se hallan constantes muestras romanas y de consuno los tres viajeros decretamos que de hacerse algunas excavaciones póstumas en el futuro fondo del lago de Alconétar, era aquél el sitio más apropiado para iniciarlas.

La expedición, pues, había tenido éxito en dos de los tres objetivos, pero tampoco falló en el tercero, al cual vamos a dedicar las siguientes y más importantes líneas de este modesto trabajo arqueológico.

III

Diré ante todo, que en mi fichero de Inscripciones romanas de la Alta Extremadura, fichero que algún día, no sé cuándo, podría elevarse a la categoría de libro, tengo reseñadas las siguientes lápidas, con «Alconétar» como mención de origen:

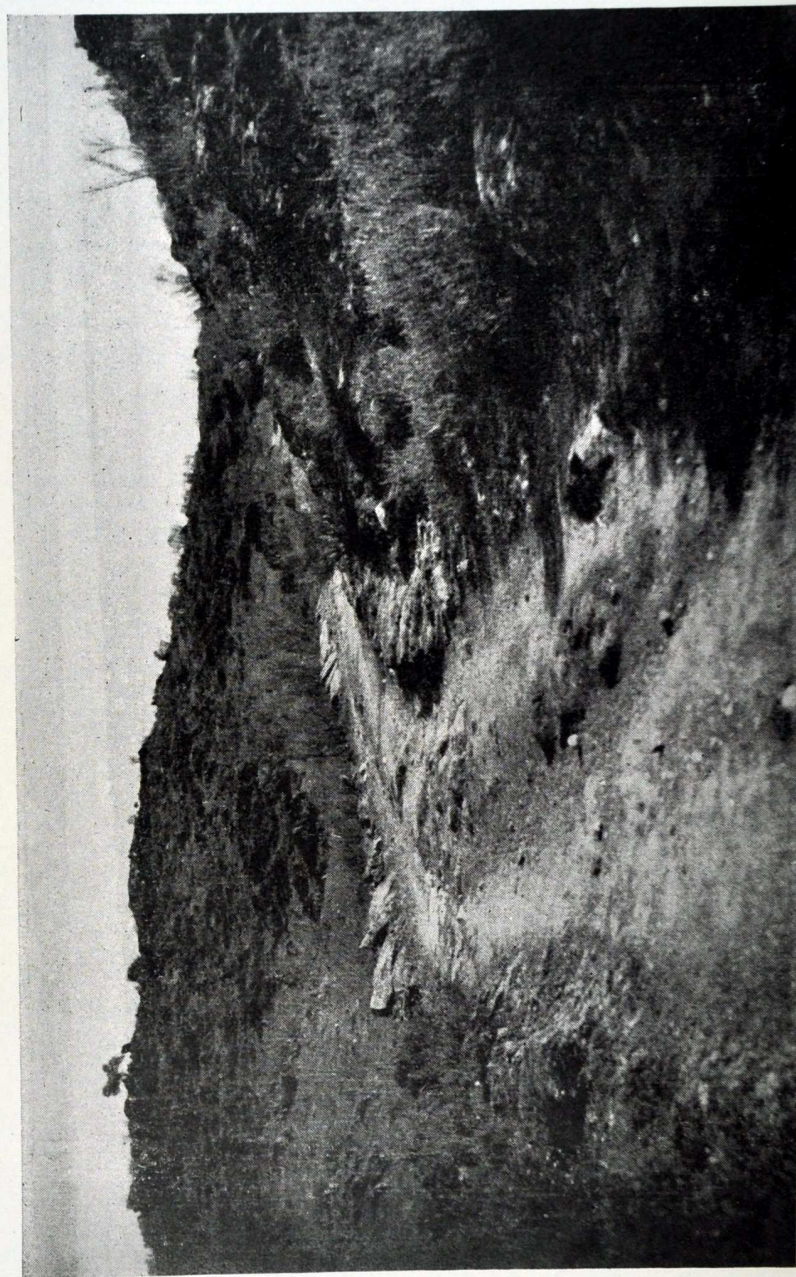
Número 1.—La conocida teja de barro con la leyenda «PRAECARIO COERENSIVM ET CALONTENSIVM CALVRI ET PALATENSIS VSI SVNT» que se encuentra en el Museo Provincial de Cáceres (1).

Número 2.—La inscripción TI. CAESARI / DIVI AVGVSTI que Viu dice estaba en su tiempo en la cabeza del puente de Alconétar, a la derecha del Tajo. Sanguino no la vio.

Número 3.—La estela con la siguiente inscripción: FLACCIS / ARGANTON / MAGILANC / MIRO / BRIGENSIS que reseña Sanguino (2)

(1) J. Sanguino. «Revista de Extremadura», 1906 pg. 378. En la revista *Hispania Antiqua Epigraphica*, Madrid, 1966 con el número 1.417 se reseña esta inscripción dándole como origen Cehegín. No puedo conjeturar a qué se debe esta dualidad, pues esta teja no está hecha a molde, de modo que puedan existir varios ejemplares. Cabe sin embargo, la existencia de dos diferentes con el mismo texto.

(2) Sanguino, *Rev. Extremadura*, 1906, pág. 470.



ALBUM EXTREMEÑO. — La «Vía Lata» en la actualidad, cerca de Alconétar. (Foto Callejo).

y reproduce Mérida (número 332) y que ha tenido, por los motivos ya dichos, varias publicaciones (1).

Número 4.—MARCUS A. I. / IONIO CVM / LOVGI F. CLV / AN XXX / H. S. E. S. T. T. L. (2).

Número 5.—COSSIERVS / TVAPIONIS / F. M. CE... / ... / F... / (3).

Número 5 bis.—Curiosamente parecida a la anterior LOSSILV / TVAPIONIS / M (4).

Número 6.—Miliario con la inscripción IMP. CRO / MARCO / P. INVIC / TO / DVCI / MA... (5).

Número 7.—Templo romano y debajo MELAM / ANIVS. C / AV CIII. FH (6).

Veamos ahora lo que hay que decir sobre todos estos antecedentes en relación con nuestra inspección del 31 Marzo 1963 para poner al día el capítulo epigráfico de las lápidas de Alconétar o mejor dicho, de *Turmulus*.

Número 1.—Ya hemos dicho que está de antiguo en el museo de Cáceres. No hay rectificación a hacer.

Número 2.—Sanguino no la vio ni nosotros tampoco. Puede considerarse perdida, a menos que alguna nariz arqueológica más aguda que la nuestra dé con ella en el futuro.

Número 3.—La deseada lápida de Argantonio si que se conserva, pero en una posición epigráficamente nefasta. Se trata de una gigantesca estela de granito gris, completamente rectangular hoy, pues debe de haberle sido cercenada la «redonda cabeza» que menciona y reproduce Sanguino, aunque sin perder el emblema lunar que encabeza la inscripción.

La lápida ha sido colocada de modo que sirva de banco o escaño en la fachada del Parador, a la derecha de la puerta, con la inscripción para arriba. De este modo, el mucho sentarse sobre la parte más extrema de la inscripción ha borrado casi por completo las últimas letras de cada línea, las más importantes, las que nos iban a dar la clave y la confirmación de si allí decía o no *Argantonio*.

Transcribo pues lo que nosotros vimos y lo que se puede hoy honradamente leer, colocando enfrente y a la derecha la lectura de Sanguino en 1906.

(1) Menéndez Pidal. *Historia Universal* tomo I-III, pág. 84. M. Palomar. *La Onomástica personal prelatina de la antigua Lusitania*. Salamanca, 1957. pág. 40. Todos lo toman de la defectuosa publicación de Mérida (332).

(2) J. Sanguino, *Loc.*, cit. pág. 378.

(3) J. Sanguino, *Ibidem*, pág. X, 377.

(4) J. R. Mérida, *Cat. Monumental* provincia de Cáceres, núm. 331.

(5) J. Sanguino, *Loc. cit.* pág. 382.

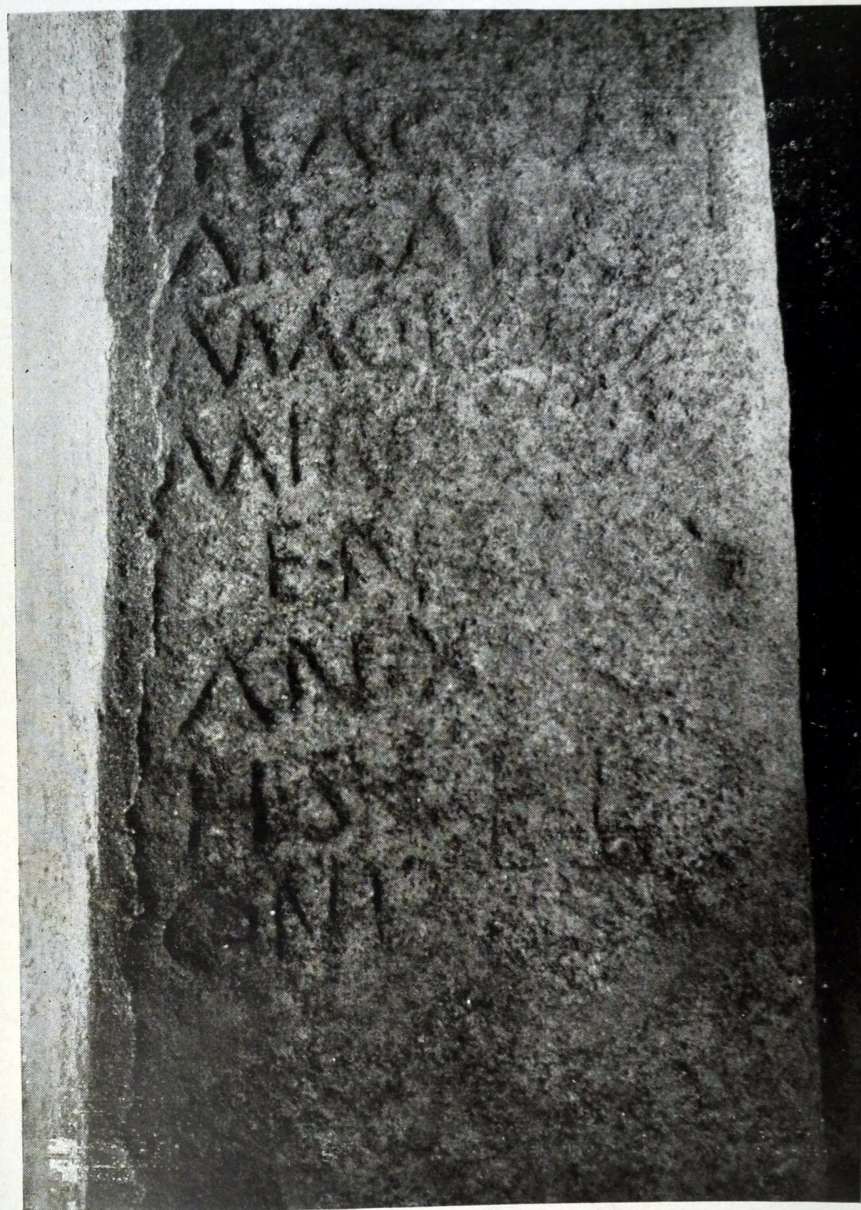
(6) J. Sanguino, *Loc. cit.* pág. 470 y Mérida, *Cat. Mon.* núm. 330.

Callejo, 1963 (de calco) * Sanguino, 1906 (en tipogr.)

FLACCV	FLACCVS
ARCAL	ARCANTON
MACL	MACLANC M
MIRC	MIROBRIG
ENC	ENSIS
AN·X	AN·XXXV
H·S·	H·S·E·S·T·T·L
CONI?	CONLEGAE
	F·C

Sanguino no sacó ningún calco de esta lápida ni tampoco fotografía porque no llevaba máquina. Tenemos que guiarnos por la reproducción que trae la «Revista de Extremadura», que tampoco es a mano sino tipográfica. Dice el culto primer director del Museo de Cáceres, que la lectura de la inscripción es en general, clara y que para él sólo tiene duda la línea 3, donde no sabe si es una I o un punto lo que sigue a la C y que leída con otra luz parecía decir MAOLANCAM o MAOLANCAM. La última M de esta palabra, la pone en cursiva. Por su parte Mélida reproduce la inscripción con alguna variante y dando esta traducción «Flacco, hijo de Argano, de la tribu de los Magilanos y natural de Mirobriga...».

¿Qué hemos de decir a los lectores de nuestra época sobre esta lápida? Juan Sanguino Michel era hombre serio y estudioso, incapaz de una supercheria y seguramente poco propicio a la autosugestión. Pero su experiencia epigráfica era escasa, como demuestra el que transcribiera con errores casi todas estas lápidas de Alconétar. No podemos, pues, dar a su testimonio un valor incontrovertible en las cosas dudosas, sino sólo considerarlo juiciosamente como probable. Así pues, to-



ALBUM EXTREMEÑO.—La estela supuesta de «Argantonius». Venta de Alconétar. (Foto Callejo).

do lo que sabemos con certeza de esta estela es que corresponde a un tal *Flaccus*, hijo de Argán..., mirobrigense, y de 35 años. El nombre exacto de la tribu no está claro. Después de la C de la línea tercera después, como solían hacer los cuadratarios descuidados. Podemos decir que esta palabra empieza por *Macilan...* y nada más, sin que sea posible saber si se trata de un nombre tribal o del *cognomen* de Flaccus. Como palabra análoga podemos citar *Magilonus* (1).

Si Arganthonios, el poderoso rey de Tarxix, era un celta como quieren los celtistas, o un oriental como otros han dicho, es dilema que habrá de aclararse por razones lingüísticas, pero no por esta lápida que no sabemos con certeza que sea de un Argantonio. (Véase lámina III)

Número 4.— Esta Lápida de *Marcus* tampoco fue hallada y como la lectura de Sanguino y de Mélida deja que desear, probablemente no sabremos nunca la verdadera inscripción.

Números 5 y 5 bis,— Mélida inserta en el sitio anotado dos lápidas con una inscripción muy parecida. La primera (número 5) está tomada de Sanguino y la otra no he podido averiguar hasta la fecha de dónde la sacó, pues no lo dice. Vamos a comparar estas dos inscripciones con la única lápida parecida que nosotros encontramos, empotrada en la esquina oriental de la venta de la Magdalena. Es de un granito muy claro y con muy visibles partículas de mica negra, lo que, unido a la poca profundidad del grabado, hacen confusa la lectura e imposible la fotografía, a menos de sacarla de noche y con una poderosa luz rasante.

Lo que la lápida decía era lo siguiente:

C O S S I L L V

T V A P I O N I

F. M. C.

.....

La piedra es hoy cuadrangular y tiene 86 x 43 cm. de dimensiones visibles. La inscripción está en un neto rehundido de 44 x 36 cm. y consta de sólo tres líneas, pero por la dimensión del neto podría haber otras dos líneas hoy completamente borradas.

¿A cuál de las dos lápidas transcritas por Mélida corresponde la actual? ¿A la de de COSSIERVS o a la de LOSSILV?

Lo primero que podemos observar hoy es que en la muy borrosa inscripción y a primera vista se puede leer tanto *Lossilv* como *Cossierv*. La segunda línea es igual en ambas inscripciones, salvo que Sanguino la hace terminar en una S que yo no veo, como tampoco veo la S final de la primera. La tercera es en el número 5 F. M. C E y en el 5 bis, M. C. Debajo de esta tercera, Sanguino pone tres líneas borradas y de la última percibe una F inicial, mientras que en el número 5 bis nuestro y 331 de Mélida no hay nada más y este último autor anota: «Sola-

(1) Por ejemplo CIL: 809, de Cáparra.

mente de un modo inseguro puede darse esta copia, que —dice— no fue hecha por Sanguino».

Por otro lado, en el número 5, o sea la que trae Sanguino en la *Revista de Extremadura*, está rematada por un semicírculo con una cruz anagráfica, de que no se habla en el número 5 bis ni existe en la que yo veo.

A la vista de todas estas premisas, mi conclusión es la siguiente:

a) Las lápidas 5 y 5 bis son una misma cosa, la primera copiada por Sanguino con errores y la segunda copiada con más errores por no sé quien.

b) La lápida que existe hoy empotrada en la venta, es la que reproduce Sanguino, a la cual se le cercenó el coronamiento (como a la de *Flaccus*) eliminándole la cruz o rosa en círculo que llevaba.

c) La lectura COSSIERVS, de Sanguino, es equivocada, pues lo que allí dice es COSSILLV.

Número 6.—Fragmento de miliario con inscripción. Acaparada mi atención por la lápida del supuesto Argantonio, se me hizo de noche sin haber podido sacar una foto aceptable de este trozo cilíndrico que anda rodando por delante de la venta, ni haberlo podido repasar. En cambio Sánchez Paredes sacó varias fotos de él. Dejo pues, al amigo y colega placentino, que se ocupe de este miliario, ya que, además, está especializado en esta clase de lápidas; únicamente adelanto ahora, que la lectura de Sanguino es errónea, como casi todas las otras.

Número 7.—Esta lápida es la mejor conservada de todas las de Alconétar, hallándose empotrada en la esquina de la izquierda u occidental de la fachada de la venta de la Magdalena. Es de granito fino muy claro, y está rematada en semicírculo. Tiene 92 cm. de alto por 43 de ancho. Las dimensiones de la inscripción son: 36 x 38 y las letras, bastante nítidas, tienen de 7,5 a 8 cm. de altura. En la parte superior hay un grabado que reproduce someramente un templo pentástilo, coronado por un triángulo que figura el frontón. Debajo, dice textualmente:

M E L A M

A N I V S . C

A I C I L L I F . H I

Inmediatamente debajo de la tercera línea, la piedra está cortada y sin duda continuaba con las letras E o S. E., final de la fórmula de depósito.

La interpretación no tiene dificultad: MELAMANIVS CAICILI F (ilivs) HI (c).....» Melamano, hijo de Cecilio, aquí.....»

No hay, pues, el CENCILI de que habla Sanguino, ni mucho menos la avanzada edad de 103 años que alguien ha supuesto para este Mela-



ALBUM EXTREMEÑO.—La Lápida de «Melamano», hoy en la Venta de Alconétar. (Foto Callejo).

manio. Creo que la lápida ha alcanzado su transcripción definitiva. (Lámina IV).

Número 8.—Doy este número a la única lápida que todavía está inédita, aunque yo hace años la tenía registrada en mis ficheros, la del umbral de la venta del Almonte. Inserto de la misma un dibujo, pues por la especial posición de la piedra empotrada en el suelo, las fotografías no son muy explicativas. En cuanto a su lectura, mientras no aparezca lo que falta, es muy aventurada y como soy poco dado a adivinanzas, la dejo para epigrafistas más perspicaces.



IV

Voy a terminar este trabajo con unas cuantas conclusiones, en las cuales, con pocas diferencias, coincidimos los tres expedicionarios:

A) Probablemente, *Turmulus*, *Alconétar* y *Mantible* están situados en tres puntos distintos, aunque forman una unidad estratégica. Los romanos o los celtas prefirieron situar su poblado a la derecha del Tajo, por el tesoro de la Magdalena; los árabes su Alconétar a la izquierda, en el llano que hay también a la izquierda del Almonte. Pero en todas las épocas se conservó una fortificación en el sitio donde hoy está el castillo, porque era el lugar fuerte y de vigilancia de los caminos, así ascendentes como descendentes.

Más o menos, a las mismas conclusiones llegaron ya en 1906 Vicente Paredes y Juan Sanguino. El primero situaba a *Turmulus* en la Magdalena, pero fundándose en una de sus pintorescas premisas lingüísti-

cas, pues relacionaba la palabra *Turmulus* con los *Túmulos* que existen o existían en la dehesa del Garrote y de que tantas veces se ha hablado llamándoles «Dólmenes de Garrovillas». *Turmulus* es una voz de raíz celtibérica lo mismo que *Turgalium* y tantas otras que empiezan con -TUR— que es palabra indoeuropea con el significado de Torre o atalaya.

B) La calzada principal romana o Via Lata se conserva clara practicable en muchos sitios, pero no en su primitiva forma ni en ninguna otra que dé al profano impresión visible de construcción romana. Los célebres *Dólmenes* están a la izquierda de la calzada y los reconocimos Gallego y yo, sin ver ni una sola piedra de carácter dolménico.

Todo este lugar debería conservar su nombre árabe de *Alconétar*. Es una impropiedad decir «Dólmenes de Garrovillas», pues, aunque se encuentren en su término municipal, la villa de Garrovillas está en un sitio muy alejado y topográficamente, completamente distinto y además, tiene su arqueología particular, incluso romana (1). La comarca de Alconétar tiene más prosapia histórica que la cabeza del partido, que se llama precisamente Garrovillas de Alconétar. (La idea de que por Garrovillas hubo antiguamente una ciudad llamada Garro, es una de tantas patrañas de que está llena nuestra toponimia antigua).

Por la misma razón, la compañía de Madrid a Cáceres y Portugal que en tiempos construyó este ferrocarril, no debió llamar a la estación férrea que aquí hay con el vago nombre de «Río Tajo», que puede corresponder a cualquier punto de la ribera del gran río, desde Guadalajara hasta Lisboa, sino con el de Alconétar, mucho más apropiado.

C) Antes de que se produzca el anegamiento de Alconétar por el lago de Alcántara, es necesario, practicar algunas excavaciones, singularmente en los alrededores del parador de la Magdalena, en busca de los últimos vestigios de *Turmulus*. Los dueños de este parador, merecen elogio por haber conservado las lápidas romanas, pero estas últimas, ante la próxima desaparición del parador, deben trasladarse al Museo Provincial de Cáceres.

(1) Recientemente se han descubierto por el Dr. Díez Mora y otros vecinos, restos de una villa romana cerca de Garrovillas.

Montserrat Vayreda

Por MANUEL OSTOS GABELLA

Académico de «PONTZEN»

UNA ligera mejoría, aunque de brevísima duración, nos permite abordar la intención de alumbrar un flamante comentario, aun sabiéndonos incapacitados para alcanzar las formas de este objeto, por la desagradable razón de un total agotamiento cerebral, ocasionado por nuestra seria enfermedad.

Montserrat Vayreda, una de las más destacadas entre las incontables poetisas de nuestra amplísima amistad, ocupa el primer plano del presente intento, motivado por el inextinguible recuerdo de su afecto y los méritos de sus versos, apasionados, hasta encenderse en el amoroso fuego del incendio que los grandes idilios llevan dentro:

«Te amo. Lo diré
mientras me quede fuego
para encender la voz
de todos mis momentos.»

Con el anisado de la muestra, bastaría para endulzar el paladar, si no tuviese otros mejores confites en la anonadante vitrina de sus poemas, todos tan bien azucarados como las deliciosas formas del siguiente:

«Mi corazón es hoy como una lucha
donde duermen los sueños que atesoro.
Si algún día me escucha
aquél que siempre espero, todo el oro
de estos sueños, que a nadie he revelado
compartiré con él: lo veré herido
bajo el oro ¡dorado!
como un árbol que el sol ha enriquecido.»